



ARTES

LA TEMPESTAD

¿PUEDE EL ARTE SER DEMOCRÁTICO?

El modo en que los creadores encaran esta pregunta revela, además de una postura política, una reflexión sobre su práctica.

No. 86

ISSN 1405-6895 \$65



7 509997 201429

86

LA RIBOT: ARTE POLÍTICO

A principios de agosto se presentaron, en el marco del encuentro de artes escénicas *Transversales*, dos piezas de La Ribot que cuestionan la concepción hegemónica de la danza actual: *Laughin Hole* y *Llámame mariachi*.

POR HAYDE LACHINO

Cortesía del Museo Universitario de Arte Contemporáneo, México DF



Recordemos el modo en que Jacques Rancière define a la política en *El espectador emancipado* (2008), como «la actividad que reconfigura los marcos sensibles en el seno de los cuales se definen objetos comunes. Rompe con la evidencia sensible del orden “natural” que destina a los individuos y los grupos al mando o a la obediencia, a la vida pública o a la vida privada, asignándolos de entrada a tal o cual tipo de espacio o de tiempo, a tal manera de ser, de ver, de decir». En la edición pasada de *Transversales*, en la ciudad de México, la coreógrafa española La Ribot presentó *Laughin Hole* (2006) y *Llámame mariachi* (2009). Ambas piezas investigan relaciones con el espectador «lejos de la productividad psicológica». Están en un punto anterior a todo signo cerrado y obligan al público a establecer conexiones, no sólo con los elementos que juegan en la escena sino con la historia del teatro y la danza.

En *Llámame mariachi* está presente un entendimiento de la representación, ya explorado en el teatro de Beckett: un dispositivo escénico que vacía de sentido al lenguaje para posibilitar nuevas reconfiguraciones significativas. Por su parte, *Laughin Hole* evidencia los mecanismos del trabajo. Las intérpretes son sometidas al estricto cumplimiento de una orden: reír durante las seis horas que dura la acción. De ahí su vestimenta (batas y chanclas de plástico), típica de las obreras. Conforme avanza la pieza, los cuerpos hacen evidentes los contenidos políticos que cruzan por ellos: la violencia sexual, el poder del que mira sobre el que hace.

En “Las paradojas del arte político” Rancière señala que existen dos vías transitadas por este tipo de arte: a partir de un claro discurso ideológico, una busca generar empatías en el espectador; la otra es la práctica que saca al arte de sus lugares habituales para establecer una conexión directa con la sociedad. Sin embargo, señala el pensador, existe un tercer camino, poco explorado: cuando desde lo estético se cuestiona lo estético, dado que ahí están implicadas ideas sobre el sujeto y el mundo. En ese sentido, las dos piezas de La Ribot son profundamente políticas.

En el terreno del arte coreográfico vivimos en un país en donde de manera generalizada se ha construido una sola idea válida de la danza, una estandarización de la percepción y una sobrevaloración de la llamada «época de oro de la danza mexicana», cuando se buscó construir grandes discursos identitarios (hegemónicos). Todavía se escuchan voces indignadas que dicen «eso no es danza» al ver defraudadas sus expectativas de la disciplina como espectáculo. Necesitamos más prácticas artísticas que dejen en claro la necesidad de un mundo donde nuevas configuraciones sean posibles. El espacio de lo hegemónico ya lo conocemos: el país es el ensayo cotidiano de ello.